

bien, etc., etc., ó estar incluido en la *lista de las personas que estorbaban en Madrid!!!*

Y después de tanto escándalo, de tanta impudencia y maldad, ¿hay aun quien patrocine al partido moderado?

Para incurrir en tal absurdo, es preciso adolecer de alguna desorganización mental.

Volvamos á la isla de Ibiza.

Como los recién-llegados habían recibido pésimos informes en Valencia acerca de la isla que iban á habitar y de las costumbres de sus naturales, preguntaron á los deportados que en ella había acerca de la exactitud de semejantes informes.

Con agradable sorpresa supieron que era todo lo contrario.

Efectivamente, la recepción y trato que obtuvieron en aquella población marítima, donde se les acogió como á hijos, como á hermanos, bien merece que consagremos el siguiente capítulo á la isla de Ibiza.



CAPITULO XXXV.

LA ISLA DE IBIZA.

¡Qué hermosa es esta isla!

Situada en una elevación sobre peña rodeada del mar por N. á la libre influencia de los vientos, con clima templado y sano hasta lo sumo, está muy bien defendida por su fortificación.

Distancia unas dieciséis leguas y media de la costa oriental y catorce y media de la costa S. O. de la isla de Mallorca, á una legua de la de Formentera.

Es la mayor de las islas conocidas antiguamente por *Pituisas*, nombre que adquirieron por la abundancia de pinos que producen sus montes.

Estiéndese de N. S. á S. O. formando un pentágono cuya mayor extensión es de siete leguas y media, con tres y media en su mayor anchura.

Que es estremada la bondad de su clima, lo prueba el no consentir en su recinto animal alguno ponzoñoso, porque no solo no

los cria, sino que ni aun por breve tiempo los alimenta.

La temperatura es benigna; y aunque los ardores del Africa, su vecina, incomodan bastante en el estío, los templá la brisa del mar, y el viento del no lejano continente europeo.

Sus costas están coronadas de islotes, y cortadas por un gran número de bahías.

Los isleños son por lo comun de mediana estatura, enjutos, de color trigueño y ágiles: su idioma es una degeneracion del antiguo lemosin; su valor hizoles siempre famosos entre los antiguos, y han conservado su crédito en todos tiempos, particularmente siempre que ha sido cuestion de la defensa de su isla.

Dedicanse con gusto, y con mayor interés á la marina que á la agricultura; así es que son escelentes navegantes, y han dado pruebas de su arrojo en acciones heróicas, durante las continuas guerras contra los argelinos, sus implacables contrarios, á cuyos piratas escarmentaron en términos, que se vieron obligados á dejar en paz aquellas costas.

El puerto de Ibiza es bastante cómodo y capaz, si bien es verdad que por falta de recursos carece de limpieza, porque el gobierno ha tenido siempre en un total y culpable abandono aquella interesante isla, tan susceptible de mejoras que pudieran refluir en beneficio de sus naturales y aun del Estado.

El gremio de mareantes construyó de su cuenta una máquina para la limpia del puerto; pero esta máquina no ha sido suficiente para llenar el objeto que se propusieron sus constructores.

El clima produce trigo y cebada en abundancia; pero las cosechas no corresponden á la feracidad del terreno.

El aceite es sin disputa el mas esquisito que se recolecta en España.

Tambien cogen muchas y regaladas frutas de cáscara, pepita, granillo y hueso; y entre las mejores, descuella la almendra, que dá una cosecha pingüe, aumentándose progresivamente de tal guisa, que á la vuelta de algunos años formará indudablemente la riqueza principal de aquel territorio, pero el mayor producto son ahora sus escelentes y abundantes salinas.

La sal de la isla es de la mas superior, y la que mas se aprecia, mayormente en el norte de Europa, de donde llegan todos los años considerable número de embarcaciones noruegas, rusas, holandesas y de otras naciones á cargar.

Lo cosecha produce un año con otro veinticinco mil modines, que al precio de veinticuatro pesos fuertes cada uno dan un resultado al erario de *doce millones de reales*, por cuya circunstancia sola era digna esta isla de que se le prestara mayor proteccion.

Cuando las salinas han estado administradas por particulares, han dado aun mayores beneficios; y toda vez que de esta riquísima, inagotable mina se trata, bueno será que sepa el lector, que de estas salinas eran antiguamente dueños y únicos propietarios los naturales de aquel pais, es decir, pertenecian á los bienes comunes de la isla; pero á un señor rey, de los que se titulaban por derecho divino dueños de vidas y haciendas, se le antojó incorporar aquella riqueza á los bienes del Estado, señalando una no pequeña parte para su real patrimonio, que el hurto está de muy antiguo arraigado en los palacios régios, y á los propietarios se les hizo esta escandalosa espoliacion.

Mas adelante, y usando estos de su legítimo derecho, entablaron pleito en demanda de su propiedad; pero sin embargo de que lo ganaron ante el consejo de Castilla, el rey absoluto, que entonces mandaba en sus *vasallos*, decretó por sí y ante sí, á pesar de

cuanto habia juzgado en favor de los isleños el tribunal superior, el primer tribunal de la nacion, que las salinas de Ibiza se considerasen como propiedad del Estado, otorgando por vía de indemnizacion á los propios de la isla cuarenta mil reales anuales, con mas toda la sal gratis que para el uso comun pudieran consumir sus moradores.

¡Equitativa compensacion á doce millones de reales por año que tuvieron de pérdida!

La ocurrencia es *saladísima*, como ocurrencia de un rey absoluto.

A pesar de las sencillas y honradas costumbres de los naturales de Ibiza, se les moteja de apáticos y poco trabajadores, y hasta de holgazanes con respecto á la agricultura.

Es cierto que pudieran beneficiar mucho mas sus campos, no hay duda que existen muchos terrenos eriales que pudieran cultivarse; pero además de que la isla escasea algunas veces de agua, pues en muchos terrenos no cuentan con otra que con la de las lluvias, hay otra razon que en parte atenúa aquella apatía, aquella holganza si se quiere: nos esplicaremos.

Este defecto es tradicional y hereditario entre los isleños: original, no la inercia de sus abuelos y de sus padres, sino una bárbara ley que vino rigiendo hasta los últimos años del reinado de Carlos III.

Ninguna produccion agricola de la isla podia estraerse de ella para beneficiarla en estraños mercados, incluso los de la Península; así pues, lo que á ellos sobraba, no tenian mas medio que arrojarlo al mar, ó darlo para pasto de sus caballerías; por manera, que acostumbrados á que un corto trabajo les diera lo bastante para sus necesidades, han ido heredando de padres á hijos

este sistema de cultivar sus campos, sistema que va desapareciendo rápidamente, ahora que tocan los beneficios que les reporta la estraccion de los frutos; mayormente con la cosecha de la almendra, que como hemos dicho, será dentro de breves años muy pingüe y de la mas delicada calidad.

Tambien la del aceite pudiera contribuir á labrar la fortuna de aquellas honradas gentes; lo mismo que sus esquisitas frutas, con solo que hubiese un vapor hasta Valencia, y de esta ciudad á Madrid el ferro-carril, pues se consumirían en la córte con grande aprecio y estima.

Para todo esto era necesario que echase el gobierno una mirada benévola hácia aquella isla, digna por todos conceptos de generosa proteccion.

Las costumbres de sus moradores son las mas sencillas: quizá no haya partido judicial en España que ofrezca una estadística criminal mas reducida que el de Ibiza.

Contrabandos y celos; he aquí las fuentes de todos los crímenes que tienen que perseguir los delegados del poder.

Los celos, esa pasion que las mas de las veces suele abrirla una alma incorrupta, un corazon leal, suelen atormentar con sobrada frecuencia á los ibicencos; pero es preciso esplicar cuándo y de qué modo se entregan los campesinos de Ibiza á esta funesta pasion, y hasta qué extremo suele hacerles inflexibles.

No hay mujer mas libre en su estado de soltera y hasta un tiempo dado, que la campesina de Ibiza; pues sin que ningun jóven de cuantos prendados de sus gracias pretendan su mano, tenga derecho á la mas leve queja, recibe los inocentes galanteos de todos sus adoradores.

Estos frecuentan la casa, ó mas bien la cabaña de la hermosa

doncella cuando han terminado sus ocupaciones agrícolas.

Son tres, cuatro, seis ó mas los aspirantes á la blanca ó á la negra mano de la afortunada beldad; y con todos habla á la vez, y con todos se muestra igualmente amable y complaciente.

También entran los galanes en turno para conversar en secreto con su dama; pero aunque hablan reservadamente con ella, es en presencia de los padres y de los demás amantes.

Esto sigue así; sin que ninguno de los galanteadores se querele por el mero hecho de ver hablar á otro de sus coospositores con la prenda de su amor, ora en el campo (pues también las mujeres se ocupan allí de su cultivo) ora á la ida ó vuelta de la Iglesia.

Pero llega un día señalado en que termina esta tolerancia.

Este día es el de la solemne y formal promesa.

La jóven, después de haber recibido los galanteos de todos sus amantes, después de que su inclinación ó su conveniencia la ha decidido en favor de uno, se promete á él ante los demás y ante sus padres ó parientes, y desde entonces ya no le es dado, no solo hablar, ni saludar, ni aun mirar furtivamente á los demás galanes desairados.

En este caso es cuando se desarrolla en el elegido la pasión de los celos; pero de una manera inaudita y hasta feroz.

La menor... no diremos infidelidad, sino indiscreción de la campesina, la paga con la muerte, ella y el que ha tenido la desdicha de galantearla siendo soltero.

Las mujeres de la campiña de Ibiza son generalmente de facciones agraciadas, y muchas dotadas de singular belleza.

El traje, que en casi todos los países del mundo, procura el bello sexo que realce la hermosura, es por el contrario entre estas isleñas todo lo antipático y desgarbado que puede idearse.

Envueltas en una saya negra de una especie de gerga que ellas mismas fabrican, sin talle alguno, puesto que parte de los sobacos y termina en los tobillos, parecen mas bien vivientes amortajadas, que seres nacidos para agradar á los hombres.

La saya es sumamente estrecha y vá formando pliegues de alto á bajo.

Sus camisas tienen mangas que llegan hasta el puño donde lo prenden con un botoncito: estas camisas suelen estar groseramente bordadas.

Llevan un *reboşillo* de percal, que bajando de la cabeza, les circuye todo el rostro y termina en el pecho.

En los días festivos adornan su cuello con collares, rosarios y otros perendengues, que guardan armonía con unos enormes pendientes en forma de arete.

Su calzado se reduce á unos zuecos de esparto, pues no llevan medias de ninguna especie; pero las prendas descritas no constituyen lo mas ridiculo de su traje, que es, á no dudarlo, un descomunal sombrero negro, mucho mayor que el que usan los aragoneses, cuya reducida copa adornan con cintas; colocando en su parte posterior un plumage ó ramo de toscas flores.

Aun hay otro adorno en las campesinas de Ibiza, cuya originalidad es dignísima de notarse: llevan el pelo suelto en una trenza; mas con sorpresa mira el observador, que aunque muchas son pelinegras, siempre á su trenza vá unida otra estremadamente rubia; pero esta trenza que sobreponen á la suya, no corresponde, como deja comprenderse, á la cabeza de donde parte; perteneció á otra mujer que tal vez hará mas de medio siglo que dejó de existir.

Las campesinas de Ibiza heredan con la mayor veneración de sus visabuelas, abuelas y madres, pasando de generación en gene-

ración, las trenzas que ostentan en las mayores festividades; siendo cuanto mas antiguas mas veneradas, y por consecuencia mas rubias, ó mejor dicho mas rojas, pues para conservarlas mejor, las hacen hervir en fuerte legía, de cuya operacion y del trancurso de los años toman el espresado color.

El traje de los hombres del campo ya es otra cosa; y no deja de ser airoso y elegante.

Calzon blanco de lienzo con muchos y delgados pliegues, pende de la cintura y baja hasta el tobillo: chaleco encarnado que sujeta una faja, chaqueta mas bien corta que larga, suelta, y gorro encarnado completan el vestido; por manera que se advierte en él mas coquetería que en el traje del bello sexo.

Los cánticos de estos campesinos isleños tienen un marcado sabor á árabes ó semi-salvajes: pronuncian las estrofas, por supuesto, en su peculiar idioma, pero en tono lúgubre y lo terminan con un larguísimo acento gutural, siendo mejor cantor aquel que consigue mayor prolongacion en esta última nota, que mas que acento filarmónico parece el quejido del árabe en el desierto.

Sus danzas participan igualmente del carácter árabe, y no dejan de tener cierta fisonomía oriental y de islamismo.

Cuatro, seis, ocho ó mas mujeres se mecen suavemente á un lado y otro, como la palmera agitada por una mansa brisa, sin dar salto alguno, colocadas entrambas manos simétricamente sobre su vestido, con los ojos clavados en el suelo, en tanto que los hombres, en el centro del círculo que forman las bailarinas, brincan y saltan cuanto les permite su ligereza, y cuanto mayor es su agilidad y mas tiempo tardan en terminar sus saltos, son tenidos por mas hábiles danzantes.

La isla de Ibiza encierra, digámoslo así, tres distintas razas:

los habitantes de la ciudad, los de la marina, y los del campo: estos últimos personifican el origen de los verdaderos habitantes de aquel territorio; los de la marina participan de las costumbres de los que pueblan nuestros puertos del mediterráneo; y los de la ciudad tienen las tendencias aristocráticas de los de su clase en las grandes ciudades.

Los trages de estas dos últimas clases son los que generalmente usan en el continente las gentes que pertenecen á ellas; pero si las maneras, las costumbres y los trages los diferencian de los campesinos, no así sus instintos filantrópicos, no así sus tendencias por el bien de la humanidad, no así sus sencillos hábitos: en estos recomendables extremos todos los habitantes de la isla son iguales, todos son generosos, benéficos y hospitalarios.

Jamás se efectua un robo en la campiña.

Las puertas de las cabañas quédanse generalmente abiertas por la noche, y es bien cierto que aun cuando se supiera que en alguna de ellas existia un tesoro, es bien cierto, repetimos, que no llegarían á él aquellos naturales.

Así en el campo como en la poblacion, si se le estravía á uno cualquier prenda, un bolsillo con monedas, un reloj de valor, esté seguro de encontrarla siempre que haya parado en poder de alguno de aquellos naturales.

El que encuentra cualquier efecto que no le pertenece, acude inmediatamente al pregonero, quien en el mismo dia hace saber al público, donde hallará su dueño la prenda perdida, y dando este las señas, se le entrega sin aceptar retribucion alguna por el hallazgo.

Nos olvidábamos de otra costumbre particular de los campesinos de Ibiza: durante el dia saludan con la mayor urbanidad á

cuantos encuentran ; mas al oír tocar la oracion en su parroquia rural, ó en las iglesias de la ciudad, ya no saludan á nadie, aunque se encuentren al mismo *bisbe* (obispo).

Llegan á su cabaña, se meten en ella, y si algun caminante extraviado llama á su puerta para preguntarles por el camino de la ciudad, esté seguro que no saldrá el campesino á darle las señas, sino á prestarle hospitalidad aquella noche, para encaminarle al salir el sol, y aun acompañarle hasta la ciudad, después de haber compartido con él sus escasos alimentos sin admitir tampoco recompensa alguna.

Algunas de las costumbres de estos sencillos isleños revelan las de los tiempos primitivos.

Nos ha parecido que el lector habrá recorrido con gusto la anterior descripcion de la isla de Ibiza, tanto porque ofrece algunas particularidades curiosas, cuanto porque en ella hemos consagrado un tributo digno y justo á sus naturales, que tanto hicieron en favor de los deportados, esponiéndose como en adelante se dirá, por librar algunos de la deportacion, á ser ellos embarcados para Filipinas.

Y es lo singular que muchos de los sugetos que les prestaban tan decidida proteccion, eran de ideas diametralmente opuestas á las de los confinados ; pero en general se profesa en aquella isla el principio de favorecer á todo el que padece por opiniones políticas, sean estas las que fueren.

Si el asesino y el ladron se ocultan entre las rocas de la costa, son perseguidos constantemente hasta que se logra su captura, y presentados á los tribunales ; pero no son tan rígidos con los contrabandistas, pues estos suelen alcanzar algun favor de aquellos isleños.

No concluiremos este capítulo sin hacer honorífica mencion del obispo de aquella diócesis, que á pesar de ser marcado absolutista, prestó un favor decidido á los deportados liberales.

Nosotros que hemos sido siempre muy severos con los malos sacerdotes, porque en nadie es mas reprehensible la inmoralidad que en los que deben dar ejemplo de abnegacion, de caridad y de mansedumbre evangélica, sentimos un verdadero placer cuando hallamos ocasion de prodigar elogios á los buenos ministros del altar.

Aun cuando su opinion en materias políticas diste de la nuestra, estimamos á todos los hombres honrados, y como tal se portó el señor obispo de Ibiza con los infelices presos.

Reciba, pues, en esta breve manifestacion un sincero testimonio de nuestra imparcialidad, y del amor y respeto que nos ha inspirado por su generosa conducta, digna por todos conceptos de un prelado que honra por sus virtudes y su ilustracion al suelo que le vió nacer.

Y toda vez que de moral evangélica se trata, permítasenos dedicar un breve capítulo á los buenos sacerdotes... al poderoso atractivo de la palabra de Dios.

